

# BALUN CANAN

(Fragmentos)

**Rosario Castellanos**

Vamos caminando entre el gentío. Nos pisan, nos empujan. Muy altas, por encima de mi cabeza, van las risotadas, las palabras de dos filos. Huele a perfume barato, a ropa recién planchada, a aguardiente añejo. Hierve el mole en unas enormes cazuelas de barro y el ponche con canela se mantiene borbollando sobre el fuego. En otro ángulo de la plaza alzarón un tablado y lo cubrieron de juncia fresca, para el baile. Allí están las parejas, abrazadas al modo de los ladinos, mientras la marimba toca una música espesa y soñolienta.

Pero este año la Comisión Organizadora de la Feria se ha lucido. Mandó traer del Centro, de la Capital, lo nunca visto: la rueda de la fortuna. Allí está, grande, resplandeciente con sus miles de focos. Mi nana y yo vamos a subir, pero la gente se ha aglomerado y tenemos que esperar nuestro turno. Delante de nosotras va un indio. Al llegar a la taquilla pide su boleto.

— Oílo vos, este indio igualado. Está hablando castilla. ¿Quién le daría permiso? Porque hay reglas. El español es privilegio nuestro. Y lo usamos hablando de usted a los superiores; de tú a los iguales; de vos a los indios.

— Indio embelequero, subí, subí. No se te vaya a reventar la hiel.

El indio recibe su boleto sin contestar.

— Andá a beber trago y dejate de babosadas.

— ¡Un indio encaramado en la rueda de la fortuna! ¡Es el Anticristo!

Nos sientan en una especie de cuna. El hombre que maneja la máquina asegura la

barra que nos protege. Se retira y echa a andar el motor. Lentamente vamos ascendiendo. Un instante nos detenemos allá arriba. ¡Comitán, todo entero, como una nidada de pájaro, está a nuestras manos! Las tejas oscuras, donde el verdín de la humedad prospera. Las paredes encaladas. Las torres de piedra. Y los llanos que no se acaban nunca. Y la ciénaga. Y el viento.

De pronto empezamos a adquirir velocidad. La rueda gira vertiginosamente. Los rostros se confunden, las imágenes se mezclan. Y entonces un grito de horror sale de los labios de la multitud que nos contempla desde abajo. Al principio no sabemos qué sucede. Luego nos damos cuenta de que la barra del lugar donde va el indio se desprendió y él se ha precipitado hacia adelante. Pero alcanza a cogerse de la punta del palo y allí se sostiene mientras la rueda continúa girando una vuelta y otra y otra.

El hombre que maneja la máquina interrumpe la corriente eléctrica, pero la rueda sigue con el impulso adquirido, y cuando, al fin, para, el indio queda arriba, colgado, sudando de fatiga y de miedo.

Poco a poco, con una lentitud que a los ojos de nuestra angustia parece eterna, el indio va bajando. Cuando está lo suficientemente cerca del suelo, salta. Su rostro es del color de la ceniza. Alguien le tiende una botella de comiteco pero él la rechaza sin gratitud.

— ¿Por qué pararon? -pregunta.

El hombre que maneja la máquina está furioso.

— ¿Cómo por qué? Porque te caíste y te ibas a matar, indio bruto.

El indio lo mira, rechinando los dientes, ofendido.

— No me caí. Yo destrabé el palo. Me gusta más ir de ese modo.

Una explosión de hilaridad es el eco de estas palabras.

— Mirá por dónde sale.

— ¡Qué amigo!

El indio palpa a su alrededor el desprecio y la burla. Sostiene su desafío.

— Quiero otro boleto. Voy a ir como me gusta. Y no me vayan a mermar la ración.

Los curiosos se divierten con el acontecimiento que se prepara. Cuchichean. Ríen

cubriéndose la boca con la mano. Se hacen guiños.

Mi nana atraviesa entre ellos y, a rastras, me lleva mientras yo me vuelvo a ver el sitio del que nos alejamos. Ya no logro distinguir nada. Protesto. Ella sigue adelante, sin hacerme caso. De prisa, como si la persiguiera una jauría. Quiero preguntarle por qué. Pero la interrogación se me quiebra cuando miro sus ojos arrasados en lágrimas.

(...)

Mi nana me lleva aparte para despedirnos. Estamos en el oratorio. Nos arrodillamos ante las imágenes del altar.

Luego mi nana me persigna y dice:

— Vengo a entregarte a mi criatura. Señor, tú eres testigo de que no puedo velar sobre ella ahora que va a dividirnos la distancia. Pero tú que estás aquí lo mismo que allá, protégela. Abre sus caminos, para que no tropiece, para que no caiga. Que la piedra no se vuelva en su contra y la golpee. Que no salte la alimaña para morderla. Que el relámpago no enrojecza el techo que la ampare. Porque con mi corazón ella te ha conocido y te ha jurado fidelidad y te ha reverenciado. Porque tú eres el poderoso, porque tú eres el fuerte.

Apiádate de sus ojos. Que no miren a su alrededor como miran los ojos del ave de rapiña.

Apiádate de sus manos. Que no las cierre como el tigre sobre su presa. Que las abra para dar lo que posee. Que las abra para recibir lo que necesita. Como si obedeciera tu ley.

Apiádate de su lengua. Que no suelte amenazas como suelta chispas el cuchillo cuando su filo choca contra otro filo.

Purifica sus entrañas para que de ellas broten los actos no como la hierba rastrera, sino como los árboles grandes que sombrean y dan fruto.

Guárdala, como hasta aquí la he guardado yo, de respirar desprecio. Si uno viene y se inclina ante su faz que no alardee diciendo: yo he domando la cerviz de este potro. Que ella también se incline a recoger esa flor preciosa -que a muy pocos es dado

cosechar en este mundo- que se llama humildad.

Tú le reservaste siervos. Tú le reservarás también el ánimo de hermano mayor, de custodio, de guardián. Tú le reservarás la balanza que pesa las acciones. Para que pese más su paciencia que su cólera. Para que pese más su compasión que su justicia. Para que pese más su amor que su venganza.

Abre su entendimiento, ensánchalo, para que pueda caber la verdad. Y se detenga antes de descargar el latigazo, sabiendo que cada latigazo que cae graba su cicatriz en la espalda del verdugo. Y así sean sus gestos como el unguento derramado sobre las llagas.

Vengo a entregarte a mi criatura. Te la entrego. Te la encomiendo. Para que todos los días, como se lleva el cántaro al río para llenarlo, lleves su corazón a la presencia de los beneficios que de sus siervos ha recibido. Para que nunca le falte gratitud. Que se siente ante su mesa, donde jamás se ha sentado el hambre. Que bese el paño que la cubre y que es hermoso. Que palpe los muros de su casa, verdaderos y sólidos. Esto es nuestra sangre y nuestro trabajo y nuestro sacrificio.

Oímos, en el corredor, el trajín de los arrieros, de las criadas ayudando a remachar los cajones. Los caballos ya están ensillados y patean los ladrillos del zaguán. La voz de mi madre dice mi nombre, buscándome.

La nana se pone de pie. Y luego se vuelve a mí, diciendo.

— Es hora de separarnos, niña.

Pero yo sigo en el suelo, cogida de su tzec, llorando porque no quiero irme.

Ella me aparta delicadamente y me alza hasta su rostro. Besa mis mejillas y hace una cruz sobre mi boca.

— Mira que con lo que he rezado es como si hubiera yo vuelto, otra vez, a amamantarte.

(...)

— Hoy estuvieron tocando la campana desde antes que amaneciera.

— Para despertar a los peones. Mi padre me decía que antes, cuando los indios

oían las campanadas, salían corriendo de los jacales para venir a juntarse aquí, bajo la ceiba. El mayordomo los esperaba con su ración de quinina y un fute en la mano. Y antes de despacharlos a la labor les descargaba sus buenos fuetazos. No como castigo, sino para acabar de despabilarlos. Y los indios se peleaban entre ellos queriendo ganar los primeros lugares. Porque cuando llegaban los últimos ya el mayordomo estaba cansado y no pegaba con la misma fuerza.

— ¿Ahora ya no se hace así?

— Ya no. Un tal Estanislao Argüello prohibió esa costumbre.

— ¿Por qué?

— El decía que porque era un hombre de ideas muy avanzadas. Pero yo digo que porque notó que a los indios les gustaba que les pegaran y entonces no tenía caso. Pero lo cierto es que los otros rancheros estaban furiosos. Decían que iba a cundir el mal ejemplo y que los indios ya no podían seguir respetándolos si ellos no se daban a respetar. Entonces los mismos patrones se encargaron de la tarea de azotarlos. Muchos indios de Chactajal se pasaron a otras fincas porque decían que allí los trataban con mayor aprecio.

(...)

Un kerem venía de la caballeriza jalando por el cabestro dos bestias briosas, ligeras, ensilladas como para las faenas del campo. César y Ernesto descendieron los escalones que separan el corredor de la majada. Montaron. Y a trote lento fueron alejándose de la casa grande. El kerem corría delante de ellos para abrir el portón y dejarles paso libre. Todavía cuando iban por la vereda que serpentea entre los jacales, su paso despertaba el celo de los perros, flacos, rascándose la sarna y las pulgas, ladrando desaforadamente. Las mujeres, que molían el maíz arrodilladas en el suelo, suspendieron su tarea y se quedaron quietas, con los brazos rígidos, como sembrados en la piedra del metate, con los senos flácidos colgando dentro de la camisa. Y los miraron pasar a través de la puerta abierta del jacal o de la rala trabazón de carrizos de las paredes. Los niños, desnudos, panzones, que se revolcaban jugando en el lodo

confundidos con los cerdos, volvían a los jinetes su rostro chato, sus ojos curiosos y parpadeantes.

— Ahí están las indias a tu disposición, Ernesto. A ver cuándo una de estas criaturas resulta de tu color.

— A Ernesto le molestó la broma porque se consideraba rebajado al nivel de los inferiores. Respondió secamente:

— Tengo malos ratos pero no malos gustos, tío.

— Eso dices ahora. Espera que pasen unos meses para cambiar de opinión. La necesidad no te deja escoger. Te lo digo por experiencia.

— ¿Usted?

— ¿Qué te extraña? Yo. Todos. Tengo hijos regados entre ellas.

Les había hecho un favor. Las indias eran más codiciadas después. Podían casarse a su gusto. El indio siempre veía en la mujer la virtud que le había gustado al patrón. Y los hijos eran de los que se apegaban a la casa grande y de los que servían con fidelidad.

Ernesto no se colocaba, para juzgar, del lado de las víctimas. No se incluía en el número de ellas. El caso de su madre era distinto. No era una india. Era una mujer humilde, del pueblo. Pero blanca. Y Ernesto se enorgullecía de la sangre de Argüello. Los señores tenían derecho a plantar su raza donde quisieran. El rudimentario, el oscuro sentido de justicia que Ernesto pudiera tener, quedaba sofocado por la costumbre, por la abundancia de estos ejemplos que ninguna conciencia encontraba reprochables y, además, por la admiración profesada a este hombre que con tan insolente seguridad en sí mismo, cabalgaba delante de él. Como deseoso de ayudar guardando el secreto, preguntó:

— ¿Doña Zoraida lo sabe?

Pero su complicidad era innecesaria.

— ¿Qué? ¿Lo de mis hijos? Por supuesto.

Habría necesitado ser estúpida para ignorar un hecho tan evidente. Además toda mujer de ranchero se atiene a que su marido es el semental mayor de la finca. ¿Qué santo tenía cargado Zoraida para ser la única excepción? Por lo demás no había motivo

de enojo. Hijos como éstos, mujeres como éstas no significan nada. Lo legal es lo único que cuenta.

(...)

— ¿Qué tal te va en la escuela, Ernesto?

— Bien.

El tono de la respuesta era cortante y Ernesto lo escogió deliberadamente para cerrar la puerta a otra pregunta, a ningún comentario. Ernesto no ignoraba que detrás de la aparente indiferencia de César había no sólo curiosidad, sino verdadera preocupación por saber cómo se las arreglaba su sobrino en su tarea de maestro rural. Porque la actitud de los indios no era un secreto para nadie. Al día siguiente de la fiesta de Nuestra Señora de la Salud, Felipe se había presentado en la casa grande -con una cortesía que no ocultaba bien la firmeza de sus propósitos y su ánimo de no dejarse convencer por las argucias de César-, a poner a las órdenes del patrón la escuela que ellos habían levantado y que Ernesto podía utilizar inmediatamente. No había ya ningún pretexto que aducir, ningún plazo justificado que invocar y las clases comenzaron.

— Parece que te comió la lengua el loro.

— Ernesto sonrió forzosamente, pero no se sintió inclinado a hablar. En el tiempo que llevaba junto a César había aprendido que el diálogo era imposible. César no sabía conversar con quienes no consideraba sus iguales. Cualquier frase en sus labios tomaba el aspecto de un mandato o de una reprimenda. Sus bromas parecían burlas. Y además, elegía siempre el peor momento para preguntar. Cuando estaban reunidos, como ahora, alrededor de la mesa. Entre el ruido de los platos y de las masticaciones; el gemido de la puerta de resorte al ser soltada. Quizá antes, cuando aún no desconfiaba de la benevolencia de César, Ernesto hubiera contado lo que acontecía por las mañanas, durante las horas de clase. Quizá ahora, aún ahora, la confianza hubiera sido posible de mediar otras circunstancias. Pero no así, ante el rostro vigilante, maligno, desdeñoso, de Zoraida. Y ante la faz devastada de Matilde. Parece que la hubiera

arrastrado el diablo, pensó.

— ¿Cuántos alumnos tienes?.

César otra vez. ¿Qué ganaba con averiguarlo? Pero la ansiedad había enraizado en él ya tan profundamente que se delataba en su pregunta por más cautela que tuviera al formularla.

Y este disimulo y todo lo que dejaba entrever fueron los que impulsaron a Ernesto a responder con ambigüedad:

— No los he contado.

Y cada vez con menos pudor, la insistencia.

— Serán veinte.

— Serán.

— O quince. O cincuenta ¿No puedes calcular?

— No.

— Vaya. ¿Y llegan únicamente los niños o también hombres ya mayores?

— El primer día llegó Felipe. Ya se lo conté.

— ¿Y ahora?

— Ahora ya no va. También se lo había yo dicho.

El primer día Felipe llegó para ver cómo era la clase. Se sentó en el suelo, con los niños que olían a brillantina barata y relumbraban de limpieza. Ernesto tragó saliva nerviosamente. Le molestaba la presencia de Felipe como la de un testigo, como la del juez que tanto odiaba tener enfrente. Pero tuvo que terminar por decidirse. Tenía que dar la clase de todos modos. Estaba seguro de que cuando quisiera hablar no tendría voz y que todos se reirían del ridículo que iba a hacer. Y sacando un ejemplar del Almanaque Bristol, que llevaba en la bolsa de su pantalón, se puso a leer. Con gran asombro suyo la voz correspondió a las palabras y hasta pudo elevarla y hacerla firme. Leía, de prisa, pronunciando mal, equivocándose. Leía los horóscopos, los chistes, el santoral. Los niños lo contemplaban embobados, con la boca abierta, sin entender nada. Para ellos era lo mismo que Ernesto leyera el Almanaque o cualquier otro libro. Ellos no sabían hablar español. Ernesto no sabía hablar tzeltal. No existía la menor posibilidad de comprensión entre ambos. Cuando dio por terminada la clase, Ernesto se



acercó a Felipe con la esperanza de que se hubiera dado cuenta de la inutilidad de la ceremonia y renunciara a exigirla. Pero Felipe parecía muy satisfecho de que se estuviera dando cumplimiento a la ley. Agradeció a Ernesto el favor que les hacía y se comprometió a que los niños serían puntuales y aplicados.

Los niños permanecieron atentos mientras los maravilló la sorpresa del nuevo espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Pero después comenzaron a distraerse, a inquietarse. Se codeaban y luego asumían una hipócrita inmovilidad; reían, parapetados tras los rotos sombreros de palma; hacían ruidos groseros. Ernesto se obligaba, con un esfuerzo enorme, a no perder la paciencia. Y como la ley no fijaba el número de horas de clase, Ernesto las abreviaba todo lo que le era posible.

— No van a aguantar el trote mucho tiempo. Ahora van porque en realidad no es época de quehacer. Pero los indios necesitan a sus hijos para que los ayuden. Cuando llegue el tiempo de las cosechas no se van a dar abasto solos. Y entonces qué escuela ni qué nada. Lo primero.

— Yo que usted no me hacía ilusiones, tío. Parecen muy decididos.

— Es pura llamarada de doblador. Están como criaturas con un juguete nuevo. Pero pasada la embelequería ni quien se vuelva a acordar. Yo sé lo que te digo. Los conozco.